

opusdei.org

En la jungla del Congo, con los pigmeos

Claude trabaja para una ONG europea. Él comparte su experiencia de varios días con los pigmeos y reflexiona sobre la ayuda humanitaria y sobrenatural que la fe cristiana puede brindarles.

04/10/2018

Durante varios meses, he estado trabajando como representante de una ONG en la República

Democrática del Congo. Quiero compartir con ustedes la experiencia de uno de los viajes que hice dentro del país. No tuve que escapar de los leones ni de los elefantes enojados. Todas las serpientes fueron vistas desde lejos, al igual que los gorilas. Pero una de las criaturas más pequeñas, un mosquito, me dejó en la cama durante tres días a mi regreso, con la malaria a la que estamos acostumbrados en mi país, pero que sigue costando la vida de tantas personas que no tienen acceso a medicinas modernas.

Este año, una de las preguntas de la prueba estatal para pasar del sexto grado de la escuela primaria a la secundaria fue: "¿Quiénes fueron los primeros habitantes del Congo?" Hoy, en este gran país (cinco veces el tamaño de Texas), hay muchos grupos étnicos diferentes; pero aquí todos sabemos que los primeros habitantes del Congo fueron los Twa

o pigmeos. Aunque hay muchos estereotipos al respecto, los Twa son generalmente de tamaño mediano, viven en áreas de la selva muy alejadas del resto de la población y tienen costumbres muy particulares.

El propósito de mi viaje fue precisamente conocer al Twa. En mi ONG, tenemos un proyecto de asistencia a un hospital ubicado en una remota región del Congo, donde Bantus (otro grupo étnico) y Twa coexisten con dificultad.

La ciudad se llama Bayenga, ubicada cerca de Bunia. Llegar allí ya era una aventura. El avión que tomé en Kinshasa aterrizó en Bunia después de un vuelo de 8 horas con diferentes paradas. Después de pasar dos días en Bunia, tomé un autobús que llegó a Nania en seis horas, y desde allí viajé en moto, el único medio de transporte mecanizado posible para Bayenga.

Algunos misioneros de la Consolata que dirigen una misión en la ciudad son los únicos que intentan ayudar a los Twa en ésta área. A veces, los Twa son considerados belicosos, pero los encontré muy pacíficos y bastante tímidos, y es solo con dificultad que se acerquen a un extraño. Gracias a que fui acompañado por el padre Andrés, los Twa no huyeron de mí e, incluso, poco a poco, tuvieron suficiente confianza para ser fotografiados.

El padre Andrés me habló de la situación de los Twa cuando caminábamos cerca de las cabañas hechas de hojas, juncos y barro. Es muy difícil lograr que los pacientes sigan el tratamiento que se les administra: leprosos, tuberculosis y malaria... Los Twa son diezmados por enfermedades que se propagan fácilmente debido a sus condiciones de vida. Los enfermos son llevados al hospital y prescriben medicamentos

que deben distribuirse en pequeñas dosis; de lo contrario, los comparten con otros miembros de la familia.

Viven día a día, sin programas o cálculos. Cada mañana, los cazadores salen con sus arcos en busca de una presa, mientras que las mujeres caminan en la jungla para recoger plátanos y otros alimentos. Y así todos los días.

El padre Andrés hace todo lo que puede para ganar a los niños, enseñarles a leer y hacer cálculos básicos. Con infinita paciencia, comienza una y otra vez, consciente de que al día siguiente algunos de ellos no volverán, y que a medida que los niños crezcan, irán desapareciendo gradualmente, ocupados en tareas de supervivencia.

Con el tiempo y con gran paciencia, los religiosos consiguieron que los pigmeos los ayudaran en su trabajo. Una de las mujeres acordó ser

entrenada para trabajar como enfermera, y ahora está ayudando en la sala de maternidad del hospital.

Gracias a los religiosos, fue fácil para mí asistir a Misa todos los días, como es mi costumbre. He pensado mucho sobre la ayuda que la fe cristiana puede brindar a estas personas: no solo con respecto a la salvación eterna de su alma, sino también ayudándoles a abrir horizontes, alzando sus ojos a más allá de la simple lucha por sobrevivir.

Los religiosos tratan de ayudarlos dando a conocer a Cristo y sacándolos de las condiciones miserables en que viven. Pero aparte de una voluntad de hierro, no tienen otro instrumento que el apoyo que reciben para comprar medicamentos y comenzar pequeños proyectos que solo benefician a unos pocos.

Mi país es uno de los más pobres del mundo. No es necesario ir muy lejos

para enfrentar la miseria en la que vive tanta gente. Pero debo decir que este viaje me conmovió profundamente, especialmente cuando sabemos que estas personas viven en un territorio rico en materias primas de todo tipo, a veces explotadas ilegalmente.

Las palabras del Papa Francisco “en las periferias” a menudo vienen a la mente. En mi ONG, añadimos nuestro grano de arena, y es muy gratificante saber que con mi trabajo, puedo ayudar a las personas que están abandonados debido a que "no contribuyen" a los intereses de un mundo cegado por los beneficios económicos.